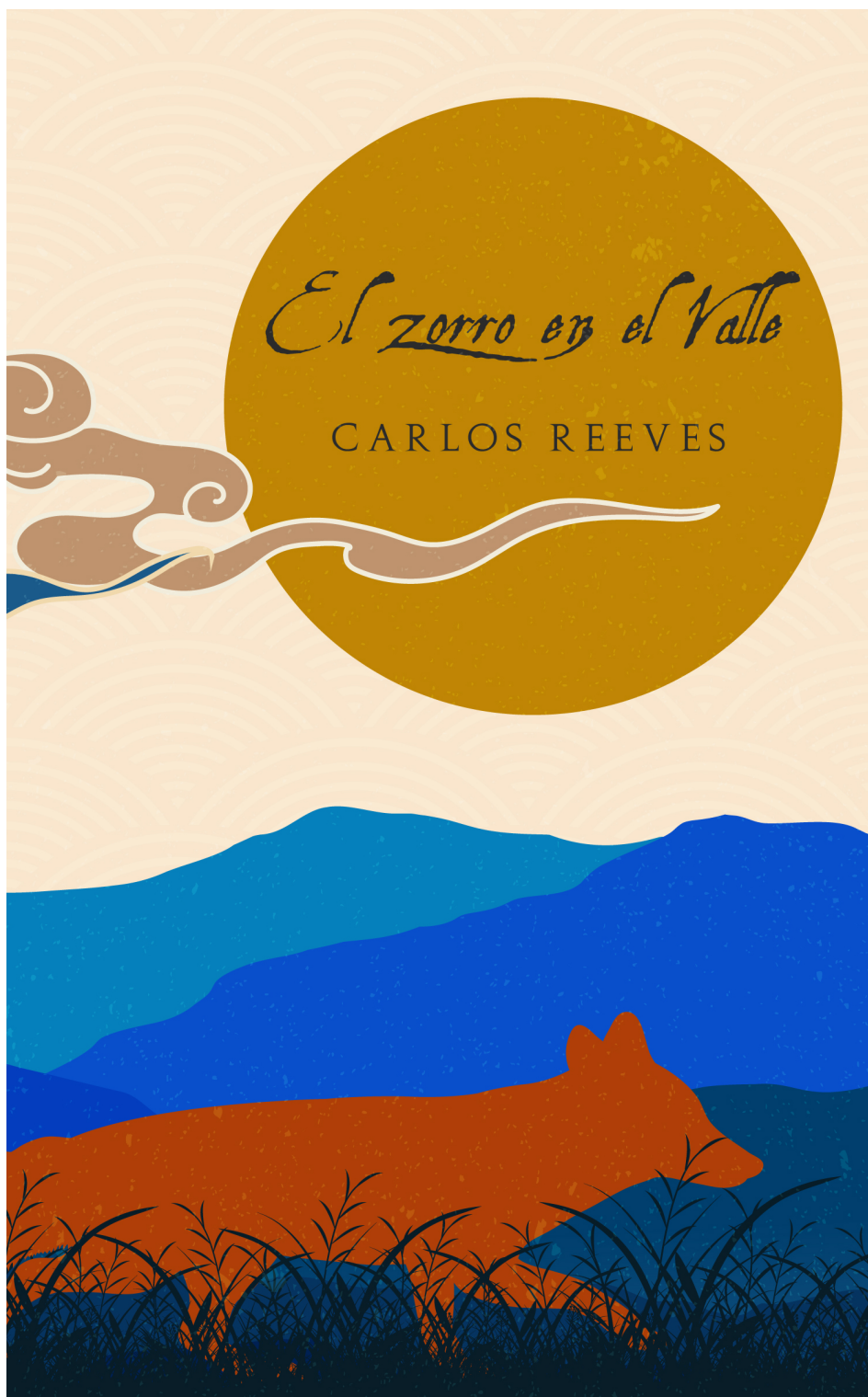


El Zorro en el Valle

Carlos Reeves



Capítulo 1

El Zorro en el Valle

Disponible en Amazon

Primera edición impresa, 2020.

Reeves, Carlos

Ilus. ALM. - Guadalajara, México 98p.

Visita: **carlosreeves.com**

© Carlos Reeves, ALM.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Quiero agradecer el apoyo que me ha brindado mi familia, mis padrinos Armando y Patricia, mi prima Carolina y a Isabel Borboa quien escribió la reseña de esta obra.

Agradezco a Affinity by Serif, que durante la contingencia COVID-19, brindaron apoyo a la comunidad creativa con pruebas gratuitas de 90 días de la paquetería Affinity; y tuve la oportunidad de crear el presente libro en Affinity Publisher.



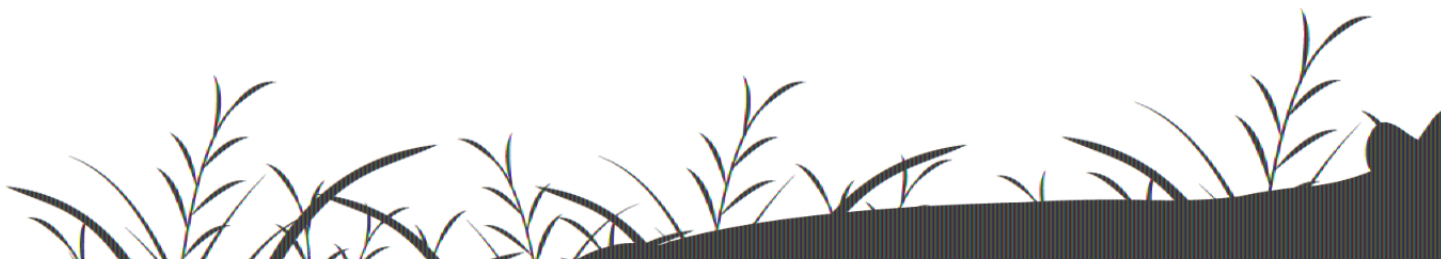
*Para Antonio,
Siempre estaré contigo.*



Capítulo 2

El Zorro en el

CARLOS REEVES



Un Pastor cuida a sus ovejas que comen en el valle; descubrió a un Zorro sentado en una colina muy atento al rebaño. El Pastor subió hasta encontrarse con él.

El Zorro le preguntó:
– ¿Puedo ser una de tus ovejas?

11 de Abril del 2020

Capítulo 3

La Noche del Demonio

Arrullado por el canto de los grillos en la noche, veo las ramas oscilar con el viento y cierro los ojos.

Miro por la ventana y noto un vacío en el cielo donde las estrellas se han apartado de la luna. Envuelto en la oscuridad el canto se detiene y los grillos escuchan la voz que me llama. Algo se asoma de las ramas y se aferra al tronco con sus garras, desvía la mirada al cielo y sube el árbol con pasos lentos hasta desaparecer en las hojas.

Tomados de la mano caminamos en una ciudad colonial oscurecida por la tormenta que se aproxima. Sin decirnos nada recorremos las fachadas con acabados de cantera cálidamente iluminadas. Ella me sonríe.

El camino se vuelve más estrecho y los muros se abrazan hasta que solo puedo avanzar detrás de ella. Al final hay un campo de colinas verdes y, en el centro de todo, está una torre como una lanza bajo la luz de la noche. Sobre la entrada está el símbolo de un ojo, en cada extremo se extienden grandes alas encadenadas.

—Tengo que partir —dijo soltando mi mano.
—Déjame ir contigo —insisto, pero se ella rehúsa.

Camina al interior de la torre cuando vuelvo a sujetar su mano. Los truenos dibujan las nubes y quiebran el cielo, la lluvia cae en largas y pesadas gotas.

—Vuelvo pronto, yo te busco. —se aleja liberándose de mí —Espera mi mensaje.

Corro a ella y rodeándola con los brazos apoyo el rostro en su hombro.

—Te necesito, te amo.

Su cuerpo se derrumba en mis brazos, sostengo su cabeza y la llamo; las puertas de la torre se abren, del interior viene la voz que me susurra al oído desde aquella distancia.

Algo se aproxima y me observa bajo la lluvia

—¡Que le has hecho! ¿Por qué has venido?

Capítulo 4

El Rey de Todas las Bestias

Una torre de cantera se construye frente a mí, es alta de forma ojival y oscuros relieves. Como una lanza divide la noche y con su punta parte la espesa niebla, los rayos de la luna entran por el corte y delinean los surcos en la fachada.

Las puertas se abren lo suficiente para que cruce un cuerpo, la luz interior dibuja un resplandor suave, cálido y palpitante; siento cada onda irradiar hacia mí. El rosetón de un ojo corona el portal con la mirada puesta en los alrededores. Sobre de él hay una inscripción desgastada, mi vista se desvanece cuando intento leer, parece decir «Εσθσε». En cada extremo del rosetón se extienden alas de huesos emplumados y, como ave muerta, forman la base de la torre.

Me encuentro sentado con la mirada oculta por el filo de la capucha, veo mis brazos cubiertos por la túnica púrpura de bordados dorados; las manos me sudan al empuñar algo dentro de mis mangas.

Junto a mí hay hombres encapuchados atentos al frente, tengo la impresión de haber despertado de un sueño y me perdí lo que sucede en aquella dirección. Giro la cabeza al escuchar el llanto de una joven, está embarazada y es arrastrada por dos hombres, ella se resiste a caminar y lucha por liberarse.

«Hay algo familiar en ella, la he visto antes»

Los hombres la alzan desnuda y ofrecen su vientre al cielo. Del mismo lugar de donde la trajeron otra mujer camina a ella desde el umbral; su túnica es igual a la mía, usa una corona de plumas forjada en bronce, con la mirada sigue el recorrido de su palma sobre la piel de la joven sometida en el altar, presiona sus dedos en el vientre y de un golpe le clava su puñal.

Su grito me levanta de un impulso, los hombres a mi lado intentan detenerme y usan la fuerza para derribarme, los acuchillo con el par de dagas ocultas en las mangas y con furia los apuñalo a todos los que se

abalanzan en mi contra. Me abro paso cortando y atravesando a quien se cruce.

Los gritos de la joven son llamados dolorosos que vibran en mis oídos, siento la rabia emerger del corazón y consumir el miedo. Nada me detiene, no me importa morir, no hay dolor; mato todo lo que está a mi alcance.

«Yo deseo más»

Siento un cosquilleo en los labios, mi quijada se abre con colmillos y pronto me arrojo a la carne; rasgo cuerpos con las garras desmembrando huesos y entrañas.

Estoy lleno de la fuerza que alimenta la brasa ardiente en mi pecho. Arranco los rostros aterrados de sus cráneos, soy poderoso!

Capturo a la mujer de la corona, meto su cabeza en mi hocico y la exprimo hasta sentir el sabor metálico la sangre chorrear. Agachado en el altar devoro mi presa y veo como huyen de mí; disfruto escuchar sus gritos y lamentos.

«Soy quien sacrifica sus vidas, soy la venganza»

El cuerpo de la joven está retorcido en el suelo tal y como había caído. En su rostro se congeló el horror que sufrió. La observo con el corazón retumbando en todo mi cuerpo, puedo sentir el pulso de la sangre y el vapor de mi jadeo. La sostengo en mis brazos y arrodillado en el altar la coronó con las plumas de bronce.

Capítulo 5

La Voz de las Tinieblas

Sin compasión ni remordimientos, adiós lágrimas. El odio, la ira y la venganza me satisfacen.

«¿En quién puedes confiar?»

Yo respondería.

«Confía en ti»

Hay que triunfar ante la traición, levántate y persevera.

«Sé lo mejor de ti»

El amor se desvanece y el odio prevalece; sigue tus ideales e impúlsate. Vence al enemigo silencioso que habita en tu espíritu, esos sentimientos ocúltalos y vivirás.

Capítulo 6

Idilio de una Idea

Poseo una gran obsesión, te tengo tanto cariño y me angustia estar apartado de ti.

De nuevo te cruzas en mi camino y pienso en apartarme.

Recuerdo el día en que no quise hacerte compañía y dentro de mí me insistí, al principio titubeé, pero al final lo volví a intentar.

Capítulo 7

Los Moradores de las Cavernas

En este estrecho camino desciende la serpiente de fuego hacia el corazón de la montaña.

Avanzamos en la penumbra, las antorchas revelan los bruscos contornos de nuestras armaduras y en la marcha iluminamos el túnel.

Los habitantes del pueblo pidieron nuestro auxilio y un primer grupo atendió el llamado. Pasaron semanas sin saber de ellos así que vamos a terminar el trabajo.

Tiempo atrás unos mineros descubrieron una bóveda de cobre en la montaña con demonios tallados en piedra. Las estatuas despertaron al sentir la presencia humana, alzaron sus cuerpos robustos con cuernos retorcidos y melenas enmarañadas. Los demonios de ojos centelleantes observaron a los mineros huir aterrados.

De las profundidades una oleada de berridos invadió los túneles.

Los que lograron escapar sellaron la mina y oyeron los gritos de sus compañeros ahogarse en el interior...

Seguimos la oración en latín que proviene de los túneles, un resplandor se hace más intenso al acercarnos. Descubrimos a un monje arrodillado frente a una cruz que arde con un hombre crucificado, la armadura y su cuerpo se carbonizaron, levanta la cabeza de su hombro para mirarnos, en ese instante desenvainamos las espadas.

—¡Santos, retrocedan! —dijo el monje con voz rasposa y se pone de pie
—¡Este es mi reino!

Con espada en mano el monje arremete en nuestra contra; esquivamos sus ataques y maldiciones. Es un hombre de Dios, nadie se atreve a combatirlo, es uno de nosotros enviado a preservar la fe de la primera

expedición.

Doy un paso atrás cuando se abalanza contra mí, el peso de la espada lo hace tambalear y se apoya en ella para no caer, gira el rostro hacia nosotros levantando alto el filo y de un solo movimiento le amputo los brazos con mi espada. Cae de rodillas y ve sus heridas. Le atravieso el pecho y retuerzo la hoja hasta reventarle las costillas. Limpio la sangre en mi rostro frente a las miradas atónitas de los soldados y sigo el camino a la bóveda de cobre.

Capítulo 8

Un Héroe Muere Sin Aliados

Hace frío en las cloacas, las paredes están húmedas y escucho las gotas reventar en el piso. Camino por un pasillo resbaloso y agarrado de la pared bajo hasta una bóveda, donde todos los túneles se juntan.

Al bajar las escaleras escucho el eco de voces provenir desde el fondo de la bóveda, los escalones son cortos y con los dedos me agarro de las salientes en la pared. Descubro un pasillo iluminado con velas, sus flamas titilan con mis pasos y se extinguen detrás de mí. Observo un grupo de jóvenes de trajes blancos armados con sables, escuchan a su líder que los ha reunido alrededor de la fogata. Intento ver su rostro, pero se desvanece con el sonido de su voz.

—¡Oye tú! — dijo el líder al descubrirme detrás del grupo, los demás voltean con rostros ocultos por la oscuridad.

Doy media vuelta ignorando los insultos que me lanza, pero una palabra más hace acercarme y golpearlo. Por un instante el grupo no cree lo que han visto, levantan sus armas y me persiguen.

Huyo por el túnel con toda la fuerza que tengo, la salida es imposible de hallar en este laberinto subterráneo y pronto mis piernas dejan de responder.

«Necesito un respiro»

Sus ruidos se alejan y creo que los he perdido, pero descubro a uno acechando en la oscuridad. Veo el brillo del sable desaparecer con su propia sombra.

«¡Está de espaldas!»

Empuño la daga y apuñalo su cuello, espalda y estómago. Caigo al suelo, veo su cuerpo tirado junto a mí y lo empujo al arroyo de la cloaca. Agarro

el sable y me deslizo en la oscuridad listo para enfrentar a mis enemigos; entonces siento un golpe en el cuello y un chorro de sangre escapar de mí. Intento detener la hemorragia y mi vista se llena con destellos en cada golpe que recibo.

El águila ondea en el asta de la plaza de armas con el verde, blanco y rojo, en una noche que resplandece en llamas.

—¡Cúbranse! —gritó un soldado y hay una explosión.

El pelotón abre fuego contra un edificio, tanquetas disparan desde sus torretas, soldados se abren paso en el fuego cruzado hacia la entrada y los tanques se preparan a disparar. El capitán pide apoyo aéreo para combatir a las fuerzas del interior.

Nuestras fuerzas están perdiendo el combate, soldados mueren y otros retroceden, los carros blindados explotan uno a uno.

Escucho un grito en la plaza de armas y veo a una mujer protegiendo a su hija del tiroteo. Me apresuro saltando escombros y cubriéndome de las balas, llego a ellas cuando un proyectil explota justo donde estamos. Los ruidos desaparecen, la bandera se incendia y la asta es derribada.

En ese momento ves la realidad con lentitud, lo suficiente para conservar ese instante y llevarlo contigo. Un moribundo tendría la imagen de su familia; yo veo los restos de la niña y su madre.

«Una nación perdida...»

Capítulo 9

Un Mundo Oscuro y Miserable

Mi mente y espíritu son opuestos a los tuyos, mis ojos están vendados.
Empuño una espada para cortar cada trozo de ti y restaurar la balanza.
Estoy ciego y solo te oigo pedir audiencia.

Escucho hormigas de espíritu miserable seducidas por la reina que ellas
han coronado. Una reina radiante de ilusiones y adormecida por la
melodía de los consejeros que la adornan.

La reina de hoy es distinta a la del mañana, es la investidura el verdadero
culto del reinado. Los cielos se nublan sobre el reino y oscurecen el
espejismo de su poder.

Siento que un nuevo mundo se aproxima creado por el hombre y la mujer.
Mujeres y hombres a quienes les arrebataron la luz, vendrán como
relámpagos dentro de una tormenta de cólera y dolor.

Capítulo 10

La Caída del Espíritu y el Regreso del Águila

Tengo esa sensación de intranquilidad, me pongo de pie y camino por el pasillo sintiendo esa inquietud aumentar.

Mi corazón palpita rápidamente y estoy agitado. Ahora corro por el pasillo que se extiende al infinito y se revuelve en la oscuridad.

Llego a una puerta delineada por la luz del más allá. Miro por el borde y del otro lado, hay un desierto debajo de un cielo nublado; puedo ver a una niña sentada con la mirada en el horizonte donde el desierto se parte y comienza un risco hacia la nada. La niña se pone de pie, golpeo la puerta para llamar su atención, pero apenas dirige el oído.

Da un paso adelante y lentamente otro, da el siguiente y el próximo, hasta correr al horizonte y se lanza al risco con los brazos abiertos.

La puerta se abre de una vez, me apresuro a alcanzarla y me elevo en el viento. No la veo desde las alturas y temo lo peor; mi vista mejora y la encuentro. Mi cuerpo vibra al descender con velocidad.

La niña se sacude desmayada en el aire, logro atraparla con las garras y abro las alas. La niña despierta, sube a mi lomo y me abraza del cuello recostándose en mí. Finalmente nos dirigimos a nuestro destino.

Capítulo 11

El Siglo de las Quimeras

El adoquín rojo se extiende en el segundo piso alrededor del patio, camino por ese pasillo y me dirijo a la biblioteca. Es raro ver a alguien ahí, ni siquiera hay bibliotecario y es ideal para pasar tiempo solo.

Recorro los libreros hasta la ventana, enciendo un cigarro y me asomo a la calle. Alcanzo a ver los muros que limitan la preparatoria y el árbol de la banqueta cuyas ramas llegan a mí. Arranco una hoja y la dejo caer, da giros en espiral en el aire y antes de tocar el suelo una corriente la eleva muy alto en el cielo.

Las puertas rechinan al abrirse y golpean la pared, tiro el cigarro y me oculto. Hay un silencio inusual creado por algo que perturba la quietud de los objetos, y presiento la atmósfera de «Aquello» que se esconde. Con cautela me muevo en el pasillo recorriendo la mirada sobre los libros.

Escucho la goma de las suelas rechinar en la duela, una más ligera que la otra y distintas entre ellas; vienen susurros, carcajadas que no desean ser escuchadas y el golpe en una mesa.

Una joven está sentada en el borde de la mesa, el cabello oculta su rostro y entre las piernas tiene la cabeza de «Algo» que abraza su cuerpo. Es fascinante como goza y calla los gemidos de su orgasmo.

«Ésa cosa», «Ése algo»; se levanta y la besa a la vez que le sujeta el brazo, le da la vuelta y la inclina encarando a la mesa. Ella carcajea y se devuelve, pero «Ése» o «Ésa» la somete de nuevo.

—¡Ay, me lastimas! —reclamó al golpearse la cabeza con la mesa, intenta retirarse y apenas logra moverse.

«Ésa» o «Ése» levanta la falda de la joven y le abre los muslos, de su entrepierna brotan tentáculos que la sujetan con fuerza; en la forma andrógina de «Ése o Ésa» no distingo que cuerpo es penetrado. Lo que sí veo es la desesperación de la joven en quitarse a «Ésa o Ése» de encima,

«Aquello o Aquella» «Ése o Ésa» que la lastima, «Él o Ella» quien la viola y se rapta a la vez, un cuerpo diáfano y otro tangible se mancillan a sí mismos.

En ese momento siento la turbulencia de emociones que se desvanecen en algo tan oscuro y perturbador. Hay un hedor en el aire y estoy paralizado obligado a seguir observando. Siento el dolor de su tristeza enfriar mi sangre.

«Ella o Él, Ése o Ésa, Aquella o Aquél. Él o Ella, Ésa o Ése, Aquél o Aquella».

—¿Qué eres?

—...Esase— respondió.

La joven cae a los pies de Esase y se retuerce con la vagina envuelta en sus muslos y la mano a tientas en el ano, el sangrado la paraliza y lentamente se marchita hasta volverse un bulto tembloroso y sollozante. Esase le lame la mejilla y se desvanece sin despegar su lengua de ella.

No imagino la impresión que tiene cuando su mirada nublada en lágrimas me descubre, y limpia sus pestañas.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó —Es una pesadilla. —dijo agitando la cabeza tratando de borrarla.

—No, es real. —respondí.

—¡Cállate! —oculta su rostro —Nadie sabe, solo yo y nadie más. Tú no estás aquí, tú no existes para mí.

Vuelve a levantar la cabeza, se encuentra en un pastizal de un verde radiante a la luz del cielo cristalino, no siente dolor y viste una manta de un blanco impecable. Y entonces descubre que ya no estoy ahí.

—Lo siento. —dijo.

Capítulo 12

El Zorro en el Valle

En aquella oscuridad las llamas vacilan en el sordo recorrido del viento, de lejos son luces pequeñas en la nada donde la corriente cascabelea los pastizales. Proviene de altas antorchas de madera que resguardan el rebaño debajo de ellas. Carneros, ovejas y borregos duermen echados con los rizos coloreados por el cálido fuego. Un Pastor descansa junto a la fogata rodeado del rebaño, recostado abraza el cayado y envuelto con la cobija solo asoma sus párpados inmersos en la paz del sueño.

Cuidadosos pasos crujen en las sombras y merodean con gruñidos, el rocío de sus alientos cae en un borrego descuidado al borde de la luz. El resplandor revela las orejas de zorros, con ojos que titilan en el fuego, abren sus quijadas y lo arrastran hacia ellos.

El pastor abre los ojos seguido por el sol que sube en el horizonte, los rayos delinean la sierra escarpada y descienden en los pastizales. El Pastor se levanta acompañado de la luz que recorre las colinas apartando la oscuridad. Los zorros huyen del resplandor ocultos en las sombras.

La luz del día avanza hasta apoderarse del valle, se detiene en un risco y forma una cortina que separa la noche; sin estrellas que la adornen ni luna que la revele, donde los zorros permanecen vigilantes en las rocas.

Las brasas chirrían en la fogata, el Pastor observa las chispas escapar en el viento, envuelto con la cobija observa el borrego que duerme en el hueco entre sus piernas. El borrego mira el rostro de su Señor y adormecido balita. El Pastor lo toma en brazos y lo lleva al rebaño. Las ovejas balitan agitando las orejas y los carneros inclinan las cornamentas; únicas en sus miradas, balidos y andar. El rebaño le abre paso y Él se reúne con un carnero que acompaña a una oveja echada, al verlo venir la oveja se levanta. El Pastor se pone de cuclillas y suelta a la cría; el borrego se acerca a su madre quien lo recibe lamiendo su cara.

El Pastor se dirige hacia una colina y se detiene a descansar recargado en su cayado, desde ahí alcanza a ver el campamento con pequeñas motas de lana en el valle, todo bajo la luz del sol.

El rebaño duerme resguardado por las antorchas y el borrego tiene la

mirada inmersa en la oscuridad, escucha los sonidos que provienen de ella y titubea, cuando su pata pisa la oscuridad toma valor y entra en ella.

El pastizal cruje con el trote del borrego alejándose del campamento; olfatea el extraño aroma que arrastra el viento y escucha un débil balido, él responde y luego escucha; un balido surge en otro lado y vuelve a responder. Varios balidos lo llaman en otras direcciones, son constantes y van acortando su distancia, confundido intenta acudir a cada uno de ellos. Brillantes ojos aparecen en los pastizales imitando los sonidos del rebaño, los zorros permanecen ocultos y se asoman al ras de la hierba con sus miradas suspendidas en la oscuridad.

El escandaloso balido del rebaño despierta al Pastor y sale de la tienda, las ovejas están alarmadas absortas en el vacío y descubre que los carneros se han ido, toma un madero de la fogata y sale del campamento en un punto luminoso en el valle. Los bramidos en la oscuridad y un veloz tropel anuncian el avance de los carneros que hacen temblar la llanura.

Un Zorro sacude en su hocico al borrego que bala con un apagado llanto. Entre mordidas y gruñidos los zorros se arrebatan la presa. El alboroto los distrae de los alrededores, sienten los temblores en la tierra y son embestidos por los carneros. El Pastor aparece detrás de ellos y cruzando la pelea persigue al Zorro que escapa con el borrego.

El Zorro se detiene y mira atrás, escucha el distante golpeteo de cuernos y chillidos. Confiado da la vuelta y ve el cayado clavarse en su ojo, se retuerce trabado en una sacudida de centellas ante el rostro impassible del Pastor. Las chispas truenan igualando la luz del día y estallan creando un resplandor que desaparece al instante. Atrapado en una bola de fuego el Zorro es liberado del cayado y huye en una estela incendiaria.

Las ovejas están atentas a lo sucedido en el valle, ven a los carneros regresar al campamento seguidos por el Pastor con el borrego en brazos. Entra a la tienda de campaña y lo acuesta en sus cobijas, en las manos nota mechones del pelaje que comienza a caer, revisa las heridas en el cuello y le examina el hocico. Los dientes se han transformado en colmillos, el borrego se revuelca violentamente y su mirada se fue apagando.

—¡Quédate conmigo! —el Pastor lo abraza y le dice a la oreja —Escucha mi voz. —Apoya el rostro en la frente del borrego y con lágrimas le

susurra al oído.

El Pastor duerme sentado con la frente en las rodillas, escucha un débil balido y abre los ojos, descubre al borrego echado en las cobijas y lo abraza sonriendo.

El cielo clarea cuando el borrego sale de la tienda y se encamina hacia su madre con frágiles pasos. El Pastor recorre el rebaño donde solo le basta una ojeada y saber que todas están ahí. Conoce sus balidos y nombres, desde la más vieja a hasta la joven las escucha, ninguna es extraña y a su vez ellas lo reconocen por su caminar, aroma y timbre de voz.

Hierba suelta vuela atrapada en remolinos y los pastizales sonajean con la brisa. Detrás de Él se extiende el valle de colinas donde el sol asciende iluminando la mañana y dibuja su silueta apoyada en el cayado.

El Pastor mira a la distancia hacia las colinas pasando el rebaño y más lejos donde termina la tierra y comienza el cielo. Cerca del rebaño descubre al Zorro sentado a la luz del día, ciego de un ojo y el pelaje chamuscado, asoma la cabeza sobre los pastizales y con mirada marchita busca en el campamento. Se distrae con una mariposa que vuela a su alrededor y sigue el vuelo del insecto por el campo, de una hoja a otra la mariposa revolotea al sentir el calor de su olfato. El Zorro da de saltos para alcanzarla mientras ella evita ser molestada. A esa distancia el Pastor ve su cola recorrer los pastizales en el juego por atrapar la mariposa.

Entonces ve al Pastor y rápidamente desaparece del valle, solo sus orejas se asoman sobre la hierba. El Pastor sabe que el Zorro sigue ahí observándolo con la mirada oculta. La hierba se agita cuando el lomo rojizo huye a la frontera y de un brinco el vuelve a la oscuridad. Lo último que el Pastor ve es su cola agitarse al entrar.

La mariposa aletea donde el Zorro le perdió interés y recorre el campo para luego postrarse en el cayado. Él permanece pensativo donde había visto al Zorro sentado y de nuevo mira el lugar en el que había desaparecido. Decide ir a buscarlo.

El valle es dividido por una tormenta de arena con una línea definida, los vientos recorren un desierto de ásperos relieves afilados creados por la erosión y fluyen en los corredores.

Guiado por la antorcha camina por un suelo que se desmorona en cada

paso, y rocas caen al vacío en un sonido que se aleja. Entra a una gruta que lo lleva a la bóveda de una cueva en el interior de la montaña, o lo que queda de ella, con un agujero en la cima hacia la tormenta de arena. La mariposa vuela alrededor de un recoveco en la pared revelando el brillo de un ojo que parpadea en el interior.

—Ven conmigo. —el Pastor acerca la mano.

El Zorro asoma la nariz hacia la luz lentamente, pero vuelve a esconderse.

Detrás del Pastor los zorros lo rodean, se protege con el cayado y evita ser mordido. Sus patas son veloces al surcar la oscuridad y zigzaguean para esquivar los golpes del cayado, lo acorralan esperando el momento de atacar y le muestran los colmillos. Un zorro da un salto y cae sobre él pero es abatido, otro aprovecha y se le trepa en la espalda, el Pastor lo sujeta de la cabeza y lo lanza al suelo, apenas se libera cuando siente una mordida en el brazo, el zorro sacude la quijada y desgarrar sus ropas.

El Zorro observa la pelea desde el agujero, en cada paso que retrocede el Pastor la jauría lo orilla a un precipicio, su pie resbala en el borde y se aferra antes de caer, con los pies busca en qué apoyarse. La manada se le deja ir cuando el Zorro arremete contra ellos. Lucha impidiendo que alcancen al Pastor, recibe mordidas que lo hacen chillar y sin dejar de protegerlo. El Pastor se pone a salvo, toma el cayado y corre a ayudar al Zorro que ya es presa de los otros, los aparta a golpes y lo libera, los zorros huyen.

Aquí en el corazón de la montaña está el Pastor con el cayado listo para defenderse, y una vez fuera de peligro, ve al Zorro herido en el suelo con el pelaje teñido de sangre, intenta levantarse pero solo logra mirar el rostro del Pastor. Lo carga llevándolo fuera de la gruta hacia el desierto lejos de la montaña.

En su camino los ojos del Zorro se van desvaneciendo en un vacío hasta nublarse, su cabeza campaneaba vencida en el brazo y el calor del cuerpo desaparece al mismo tiempo que la respiración se desvanece. El rebaño ve el Zorro en los brazos de su Señor.

Toca la quemadura de su rostro y observa el ojo marchito, reconoce sus orejas y con la palma acaricia el cuerpo del Zorro.

—Vuelve, vamos a casa. —dijo poniendo su palma en la frente del Zorro.

Deja al Zorro en la hierba y cierra los ojos juntando las manos. El sol comienza a bajar en el cielo y el rebaño camina hacia él. La oscuridad cae en el valle y los rayos solares crean un camino luminoso en los pastizales. El Pastor levanta el cuerpo del Zorro y camina detrás del rebaño, frente a Él hay hombres y mujeres, niñas y niños que avanzan hacia la luz. El Zorro se ha ido de sus brazos y en su lugar lleva el cuerpo de una persona.

El Pastor es el último en entrar en el sol y desaparece en él. La oscuridad consume cada rincón del valle, solo queda aquella fogata que se apaga al mismo tiempo que las antorchas se extinguen, en ese momento donde no hay nada de luz, emergen gritos en las sombras y lamentos que se lleva el viento.

Capítulo 13

Faetón

Existe una torre en la luna con forma de lanza, es de piedra y acabados simétricos que nacen del arco. En el centro hay un rosetón de colores violeta y azules. La entrada es una cavidad con puertas de madera grabadas y es custodiada por dos ángeles. Hombres, mujeres y niños caminan al interior.

Me encuentro en una colina sujetando su mano.

—Tengo que ir. —le dije mirando sus temblorosos ojos.

Besa mi mejilla y suelta mi mano. Camino a la torre y me reúno con los marchantes. Ella espera en la colina.

En la entrada uno de los ángeles me impide el paso y clava la mirada en mí. Sale un tercer ángel.

—¿Qué deseas? —Su voz hizo eco en el viento.

—Quiero verlo —respondí.

—¡Retrocede! —dijo.

—¿Por qué he de moverme? Soy imagen y semejanza, más noble que tú. ¡Déjame pasar!

El ángel se aparta y se desvanece hacia el interior.

Subo por las escaleras donde los gritos y lamentos en las tinieblas me estremecen. Me siento exhausto y la vista se me nubla, antes de que todo fuera oscuridad apareció el tercer ángel, y me lleva en sus brazos.

Flotamos en el cielo hacia las nubes que revelan la bóveda del universo; pude distinguir tres figuras de radiante calidez.

Mi cuerpo arde en llamas y se esparce en hojuelas de polvo.

—Polvo eres y polvo serás. —dijo.

Capítulo 14

Cuando las Gaviotas Vuelan

Mis hermanos nadan en el mar mientras estoy sentado en la arena acompañado de mis perros, mi padre toma una cerveza y ayuda a mi madre a preparar el ceviche.

Entro al mar hasta pasar el reventadero de olas lejos de mis hermanos y me zambullo en las profundidades. Descanso flotando de muertito y veo a las gaviotas pasar en el cielo.

Nado a la orilla pero no puedo salir, estoy atrapado en la corriente y una ola se levanta a mis espaldas. Lucho para escapar de ella, llamo a mis hermanos que juegan en la orilla, grito a mis padres pero siguen preparando la comida.

Mi madre les habla a comer, pero a mí jamás me llamó, sólo mis perros me observan. La ola revienta y me arrastra mar adentro revolcándome en el interior.

Caigo en la playa, intento levantarme y en cuanto logro reponerme otra ola cae sobre mí, y me jala dentro de ella. Jamás volví a la orilla.

Capítulo 15

El Obsequio

«Caí a la oscuridad absoluta, en las profundidades donde él habita...»

Inconsciente me desplomo como pluma en el abismo, del cielo descienden listones finos y luminosos. Amarran mi cuerpo y me jalan suavemente a la superficie rizada. Salgo del océano y entro a un agujero con ventanas radiantes en luces doradas. Me siento adormecido.

Del túnel sigue un valle de flores, el cielo es abierto y las nubes se concentran en un vórtice. Los listones se vuelven más cálidos y se transforman en un punto radiante que esparce aros de fuego. Tres ángeles levitan en el paraíso y miran la luna sobre de ellos, en ella está la torre donde hay un gran árbol que emerge del corazón de la bóveda de cobre.

Mi viaje continúa por los caminos de roca hasta la biblioteca, libros son arrastrados en una tormenta de arena. Luego vienen las cloacas y me llevan al interior de la torre. Llego al templo donde suena el órgano, hay velas rodeando el altar y escucho una voz que me llama del exterior.

Es mediodía y una luz azul cae sobre el pueblo. Soplo el vaho en mis manos que apenas logro calentar.

La campanilla de la puerta suena al entrar en la cafetería, la tabla del menú se refleja en la vitrina de postres, no hay nadie. Los aspersores rocían el césped y las gotas quedan atrapadas en sus hojas, un par de mariposas revolotean entre los árboles y luego suben a las copas, los rayos de sol escapan de las ramas y caen al suelo en motas de luz.

El tenue brillo titila al sonido del proyector, la película muestra las estrellas reflejadas en el mar donde un cometa viaja en el universo.

Miro atrás y un centelleo aparece al otro lado de la calle, viene de su medallón. Está sentada en el pedestal de la bandera y reclinada en el asta. Su blusa es blanca y la falda gris, sus ojos son verdes y el cabello

lacio color negro.

—¿Dónde habías estado? —pregunté.

—No me he movido de aquí —palmea el concreto y me mira —¿Subirás?
Me siento junto a ella y desde ahí observamos el pueblo.

—Un Sueño. —dijo ella

—Pero ¿quién?

—Yo, —dijo —siempre que me encuentro aquí sentada, te veo caminar por esos lugares y luego desapareces en uno de ellos.

—No lo recuerdo.

—Bueno, es la primera vez que llegas a mi lado. —se quita la medalla del cuello.

En sus manos extiende la cadena y me rodea con sus brazos; sus labios están cerca de mí y la beso, ella permanece conmigo hasta que la abrocha, entonces con una sonrisa da un salto y se aleja de mí.

—¡Te estaré esperando! —grité a sus espaldas antes de que desapareciera al doblar la esquina.

Capítulo 16

Sonrisa Felina

[¡Oye! No te puedo contactar por teléfono. El domingo nos juntaremos todos los de la secundaria. Tienes que ir jajaja... A las 5pm en Plaza Galerías. Nos vemos]

Recibí su mensaje en Facebook un día después de soñar con ella. Hacía tiempo que no me reúno con los compañeros de la secundaria, pero es ella la causa de mis nervios.

Llego antes de la hora y me siento en una banca lejos del punto de reunión. Aunque me llevaba bien con todos, solo son unos cuantos con quien realmente puedo platicar sin sentirme comprometido.

Espero en una banca y finjo escribir en el celular para lanzar ligeras miradas. Dan las 5:00 de la tarde y hasta entonces no hay señales de ella ni de los otros, así que decido ir al punto de encuentro a la vista de todos.

Si llegué tarde y todos se fueron siguiendo el plan, tendré que encontrarlos en la plaza o contactar a mi amiga para vernos, aunque puedo evitarme la pena y retirarme. Me dedico a mirar rostros con la posibilidad de encontrar uno familiar, me imagino observándome desde aquella banca y lo despistado que me veo en la entrada. En fin, estoy atrapado y desearía no estar aquí.

«Qué rayos sucede, ¿dónde están?».

Son las 5:30 cuando ella sale de la plaza a mi encuentro, con sus ojos verdes y sonrisa felina me abraza. Es un poco más pequeña así que su cabeza me queda a la altura del cuello, puedo oler el mentolado aroma de su cabello. La verdad no recuerdo de que tanto hablamos esa tarde, supongo que fue agradable por nuestras miradas y carcajadas.

Cuarenta minutos después llega uno de los otros, saluda a mi amiga pero a mí no me recuerda, entre cierra los párpados como si esperase que le

dé prueba de ser compañeros años atrás. No le doy importancia y sonrío.

Llega su mejor amiga y con un beso me reconoce, viene acompañada por otra chica de la secundaria, y al igual que el otro me ha olvidado. En verdad me da igual.

Esperamos hasta que entendimos que somos todos. Me siento mal por ella, solo pocos vinieron.

Fue de las más populares en la secundaria y no por la baratería de ser la «sexy».

«Lo siento, es cierto. No hay estafa más grande que la popularidad por la belleza de la juventud».

Ella es todo lo contrario, por supuesto que es linda de facciones finas y suaves, labios gatunos y orejas que se asoman de su cabello negro. Su piel es clara sin llegar a ser blanca, delgada con un trasero pequeño y firme como durazno; a veces parece más grande, caído o levantado y formas de ese tipo, creo que todo depende de su ropa. Lo mismo sucede con sus senos, son como un par de magdalenas; solo necesito leche para disfrutarlas.

«No es perfecta, más es auténtica en todo su ser».

Estoy seguro de que la razón de su popularidad es por su personalidad, se adaptaba muy bien a las bolas; un día podía hablar de videojuegos, tableros de juego, historietas y otro día la veía en la cancha de baloncesto o de voleibol.

Era pésima estudiante y más de una vez la tuve que sacar de algún apuro para evitar la prefectura. Realmente no estoy seguro de cuando comenzamos a juntarnos, pero sí el día que nos conocimos.

Fue cuando el balón de voleibol cayó al pasto y rodó hacia mí, donde me había echado a descansar.

—¡Oye! ¿Me pasas el balón? —dijo.

Apenas levanto los brazos de los ojos y la veo parada en la cancha con su uniforme blanco, detrás de ella todos esperan mi respuesta.

—Ven tú.

—¡Por favor! —con las manos en la cintura.

—No soy tu maldito bolero. —volví a cubrir mis ojos.

«Aún siento su presencia ahí parada».

—Olvídalo —escucho a uno de los jugadores —Me cae que ni la llega.

Apenas veo de reojo y lo encuentro al otro lado de la cancha. Me levanto y tomo el pinche balón.

—¡Aguas ya se enojó! —se burló apoyado de las carcajadas de los demás, incluso ella ríe cubriendo su boca.

Aviento la bola frente a mí y salto golpeándola en el aire, sale disparada sobre la red sobrepasando a los jugadores y baja en picada, el tipo que gritó se lanza sin éxito y la pelota cae dentro de la cancha. No fue el mejor de todos los tiros, estaba más animado a pegarle al tipo que hacer un punto. Fue lo suficiente para impresionarlos...

Compramos café en la Flor de Córdoba y vagamos por la plaza sin rumbo en la corriente de gente embrutecida por las compras. Entonces mi amiga propone ir al billar, creí que eso elevaría los ánimos, pero cada uno saca un pretexto para irse.

«Vale ¿entonces a que han venido?».

Así que vamos solos, la pasamos muy bien y nos divertimos mucho; pedimos papas a la francesa y sodas, y dividimos la cuenta.

Ella me gana dos de tres juegos; después pasamos a un videojuego de pistolas en el arcade, formamos equipo contra los demonios que intentan matarnos, si lograban vencernos, eramos separados e iniciábamos en otro punto del juego hasta reunirnos de nuevo.

Ya en la noche intercambiamos números y nos despedimos. Ambos tomamos el 629, solo que en direcciones opuestas de la ciudad, yo hacia plaza México y ella rumbo al Metropolitano. Ambos esperamos el autobús distanciados por la avenida.

Capítulo 17

Mi Luna

Observo la luna inmensa, hermosa y radiante; sin compañía y tan semejante. Hermana mía platico contigo y hasta te pido consejos.

—Toma el rumbo de la inmortalidad, —dijo —aprende el camino de la soledad; compartamos juntos este árido sentimiento de la amargura que observo en la tierra.

Conservemos el calor de nuestros corazones.

—¿Crees que podamos existir solo tú y yo? —pregunta.

Te amo como una parte de mí, deseo darte la esencia de mí existencia como el fruto que me abriga todos los días.

Capítulo 18

Antiguos Recuerdos

Una voz me llama, di la vuelta y allí estabas. Sé quién eres, jamás volví a saber de ti hasta hoy, y ahora la veo en el coro de la Catedral, tal como te recuerdo. Cabello lacio y oscuro, tez clara de ojos verdes, bajita y de sonrisa felina.

Capítulo 19

Abre Tus Ojos y Mírame Otra Vez

Grito llamando a alguien pero no veo a quien.

«Estoy solo...»

Nadie viene al valle del zorro.

Camino por la colina moteada de flores, oleadas de viento las agitan y liberan sus fragancias.

«Inmerso en una neblina».

Exhausto y cabizbajo levanto la mirada hacia el camellón de la avenida, hay un árbol de amplias ramas que cruzan la calle y dan sombra en la parada donde me encuentro.

El autobús se detiene con el rechinado de los frenos y la vibración de sus láminas; el aire comprimido silba y se abre la puerta. Pago el pasaje y camino por el pasillo que resplandece a la luz de las ventanas, cada línea áurea inhala alejando su brillo de los asientos, y exhalan suavemente devolviendo la intensidad de su rayo. Todos excepto uno, aquel donde estás tú con tu mirada abandonada en el vacío; me acerco buscando tus ojos verdes, pero te rehúsas a verme. Me siento a tu lado y te tomo de la mano.

—Te extraño. —dices.

Capítulo 20

Las Heridas que Nos Apartan

Me encuentro en la obra negra de una torre, todo quedó en concreto con columnas y techos sin detalles; es un lugar que transmite la melancolía de un sueño que comenzó y fue abandonado por el soñador. Este esqueleto tiene la mejor vista a un horizonte de tierra fértil para ser cultivada.

Mi pecho vibra cuando subo por los oscuros escalones; sigo el resplandor que se filtra del piso superior. El paisaje se revela al dejar atrás cada nivel de la estructura, puedo sentir esa oscuridad a la que empiezo a acostumbrarme.

En uno de los pisos miro la línea que separa el paraíso de la tierra. Ella me sorprende con sus pasos en las escaleras, se detiene y me mira sobre su hombro.

—Prometí esperarte. —dije.

Ella inclina su cabeza observando el vacío, entonces arrastra la vista y ve el siguiente piso que le espera al final de las escaleras, y continúa su camino.

La sigo hasta la azotea y la veo parada en el borde de la torre. Mantengo mi distancia.

—En cada sueño sabes dónde encontrarme. —dijo extendiendo la pierna fuera del borde y con la punta de los dedos sostiene su zapatilla.

—Ven conmigo, —aprovecho para acercarme, ella deja caer la zapatilla y me detengo —¿por qué huyes cuando te encuentro?

Da la vuelta, me observa fijamente con sus ojos inexpresivos y se deja caer al precipicio.

—Por favor no te rindas —dije sujetando su brazo.

Le ayudo a subir y nos sentamos en el borde.

—¿Lo arruinarás? —dijo agitada.

Respondí negando con la cabeza —¿y tú?

—Tampoco. —sonríe.

Recorre la azotea de la torre merodeando sus rincones; se detiene a mirar el horizonte. El sol ilumina las enormes copas de los árboles en el bosque y su hermosa figura con su cabello levantado por el viento.

—Nuestras vidas siempre han estado envueltas por la tristeza. —dije.

—¿Por qué hablas como si entendieras lo que he vivido?

—Yo estuve ahí, en cada uno de tus sueños te vi y lo he sentido, tú lo sabes. —respondí —te he seguido hasta aquí donde todo termina para volver a ti.

—Este lugar es tuyo como mío. —titubea e inclina la cabeza para encontrar en sus pensamientos —¿Quiénes somos? ¿Por qué siempre nos encontramos?

—Supongo que por alguna razón estamos unidos. —respondí.

—Pero a qué...

Capítulo 21

Ecos del Pasado

Un grito desesperado en la oscuridad, escucho mi voz regresar.

¿Por qué me has abandonado?

La paz se extingue y solo veo guerra, me siento agotado y lentamente me consumo.